

Manuel Felguérez

Tiempo de cambio

Arnoldo Kraus



© Rogelio Callic

El tiempo de Manuel Felguérez carece de memoria y en ocasiones es inasible. Las imágenes, los colores, el dulce desorden que impide que lo cotidiano se adueñe de la voluntad, las voces azules, las miradas grises y los trazos inconclusos son testimonio de ese tiempo que oscila entre el infinito y el minuto eterno, entre los guiños que quedan al tocar sus cuadros y el deseo que suscitan los sueños cuando las imágenes regresan.

El tiempo de Felguérez no tiene pausa, no permite el silencio. Es como la vida: en ocasiones es nuestra y otras veces escapa sin apenas detenerse. Sumergirse en *Tiempo de cambio* abre las puertas de *kronos* y de *kairos*, y exige que el difícil oficio de mirar se cumpla escrutando más allá de los límites de la paleta y de los trazos siempre abiertos, siempre hambrientos que aguardan las últimas pinceladas a partir de la voz de quien mira.

En *Tiempo de cambio* la mirada choca contra el desasosiego que producen las líneas rectas, las verticales irre-

pirables. Se estampa contra los cubos monótonos, contra los trazos nítidos que recuerdan el carácter imperturbable de las reglas y contra el molesto mutismo de una normalidad disfrazada y callada, que finalmente, deviene luz y movimiento, cuando los ojos quedan atrapados entre las frías rectas y los inimaginables cuerpos que constituyen las “otras vidas” de las telas. Vidas e historias que permiten que la mirada fluya entre el vaivén de la emoción lenta, el *Vértigo* de los tumbos abruptos, y como corolario de la gleba incestuosa que florece en los cuerpos del autor.

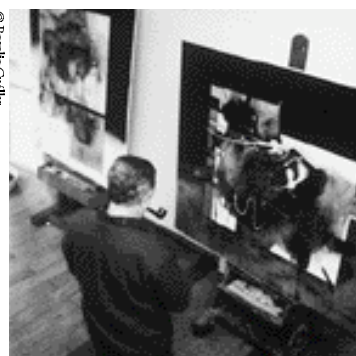
La irregularidad de algunas imágenes sorprende y acoge. Salpicadas por escurrimientos bienhechores, por las voces de figuras proteicas, por trazos abigarrados y por el inesperado encuentro entre múltiples geografías, el universo de Felguérez evoca una suerte de quietud que oscila entre la abstracción de las tintas y la paz de lo observado. La magia del dismorfismo impide que la vista



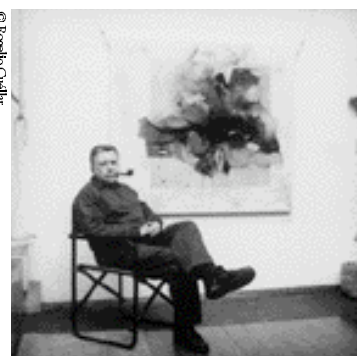
© Rogelio Cordero



© Rogelio Cordero



© Rogelio Cordero



© Rogelio Cordero

se detenga. La distribución de las pinceladas, marcada por la serendipia y por el peso de los pinceles transporta la imaginación al mundo de lo inacabado, al mundo donde autor y lector se funden.

Ese juego de formas y colores es parte del lenguaje de *Tiempo de cambio*. Lenguaje que salpica y que no cesa. El *kairos* de Felguérez arroja sin escuchar los tiempos de los calendarios, habla con libertad, con desparpajo, sin horario. Sus telas hablan ilimitadamente. Despojadas de la cruel presencia de las manecillas, las palabras asoman, dialogan con los óleos vecinos y con la libido del lector. Al leer se toca el tejido de los lienzos y la memoria de la tinta.

Felguérez no es quien cambia el tiempo: es *Tiempo de cambio* el que lo modifica. Los doce cuadros cohabitan entre sí y contagian al espectador de las vivencias del autor. El tiempo se transmuta no sólo porque queda detenido, sino porque absorbe la mirada y la incluye dentro del imaginario de la obra. Al observarlos, es posible, aunque sea por un momento, dejar de ser y olvidarse de uno mismo para vivir dentro de *Tiempo de cambio*. La suma de las formas y la voluptuosidad de las figuras protegen contra el asedio de los relojes. Regodearse en ellos mitiga el peso de la cotidianidad. Los óleos permiten que *alter* ocupe el lugar de *ego* y que el deseo irrumpa en el espacio del vacío. Perderse dentro de uno mismo y olvidarse del ruido es un regalo de las telas del artista.

Mirar y detenerse son también atributos de la obra. Caminar al lado de ellas recuerda la sordera del tiempo y lo efímero del ser humano. Caminar dentro de los óleos es un canto al hedonismo y al placer de ver. Las voces de las tintas demarcadas entre la regularidad de algunos trazos, y la juventud del pleomorfismo, son un testimonio

donde la voz seduce tanto por lo inacabado de los cuadros como por los contundentes títulos de las obras.

Los lectores espectadores, al viajar entre *Vértigo y Cometa*, y entre *Vuelo y Fuga*, son presas afortunadas de Felguérez. Aunque en ocasiones es el azar, y en otras el golpe intempestivo de un sueño o de una idea fugaz el que define que un óleo se denomine *Reflejo* y otro *Señal*, es también la mirada de los lectores espectadores, la responsable de interpretar el mensaje subyacente de cada uno de los títulos. La obra se acopla a los momentos del espectador y los sueños a la *Fuga* implícita en la *Tensión* impuesta por la *Espiral* que circula dentro de la *Línea roja* y que se transforma en infinitos universos encerrados en la palabra *Señal*. En *Tiempo de cambio*, Felguérez propone y reta. En el magnífico binomio *Fuga y Vuelo* todo lo que la imaginación quiera trazar o sembrar es válido. ¿Qué mejor fortuna puede deparar la obra de un artista que permitirle a quien mira fugarse y volar? ¿Fugarse y volar o volar y fugarse? Da igual. La apuesta es leer el silencio del autor.

Las obras de Felguérez carecen de tiempo porque el tiempo es un verdugo. Carecen de presente porque se construyen con el pasado y porque siempre habitarán la casa en donde el futuro teje sus redes para no olvidar los tiempos viejos. Sus imágenes son etéreas e inasibles. Son sordas a los dictados de los relojes y a la finitud del ser humano. Son un legado del tiempo del artista a los tiempos de la vida. Son el tiempo detenido, el tiempo que abrasa, el tiempo vida, el tiempo muerte. Las telas de Felguérez son inmortales. Yacen en espera de las miradas y de las voces que al penetrarlas, aviven sus mensajes. Son materia del tiempo pero viven mucho más allá del tiempo. [1]

Las obras de Felguérez carecen de tiempo porque el tiempo es un verdugo.